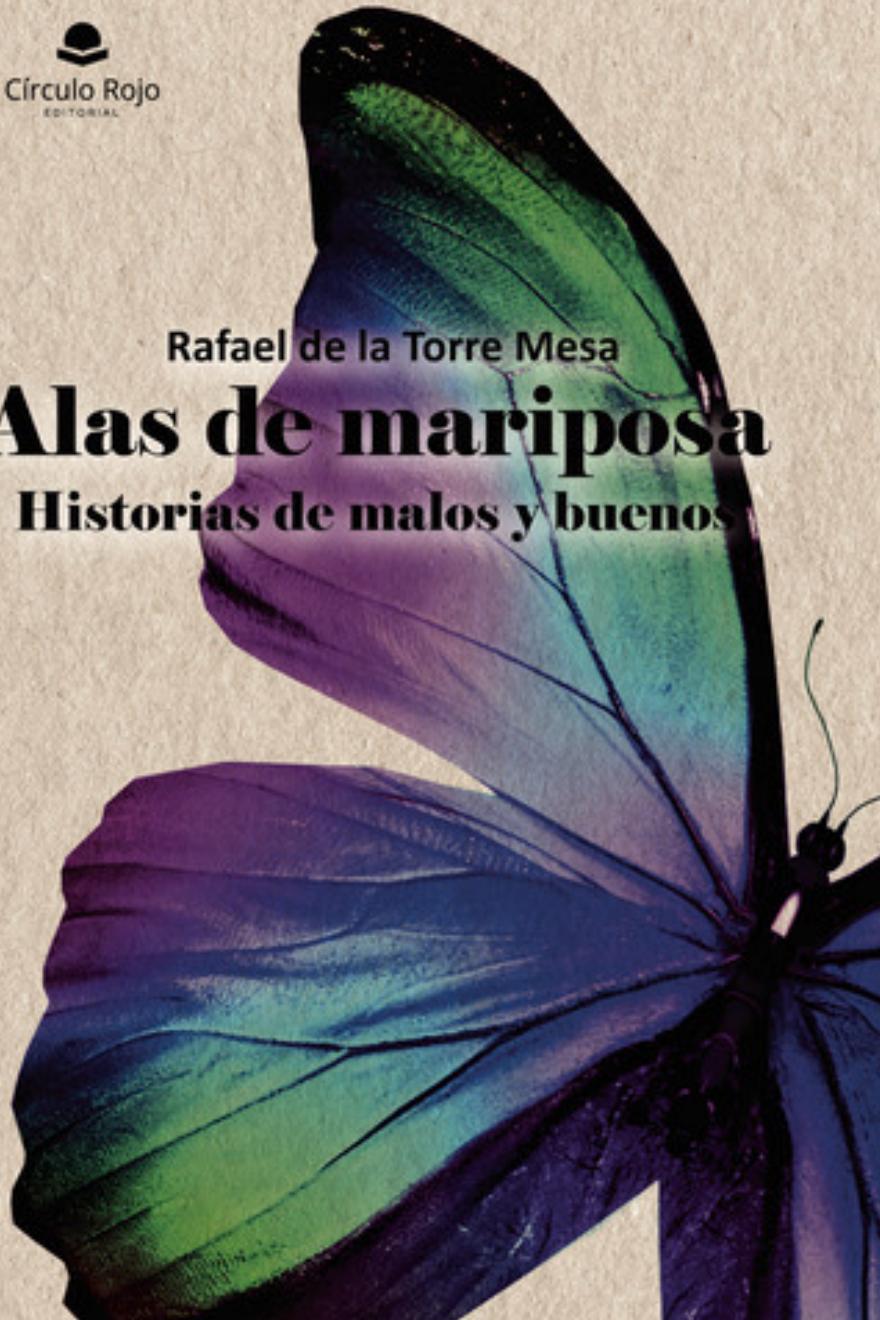



Círculo Rojo
EDITORIAL

Rafael de la Torre Mesa

Alas de mariposa

Historias de malos y buenos



Primera edición: septiembre 2021

Depósito legal: AL 2777-2021

ISBN: 978-84-1111-670-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Rafael de la Torre Mesa

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

ÍNDICE

Por un millón de dólares.....	11
Tenía escrito su nombre.....	55
Esos tus ojos.....	77
Lucía, Jacinta y Francisco	125
Alas de mariposa.....	169
Un hombre con zapatos viejos	205
Divertimento a cuatro manos	243
El resplandor de tu cara.....	287

POR UN MILLÓN DE DÓLARES

—Faustino, quisiste tomar el Vaticano por asalto y te ganó la batalla una mujer a la que ni siquiera pudiste penetrar. Pero aún peor que te llamara gusano y declarase ante el juez que era la cabeza de un galápago lo que te colgaba entre las piernas. Tal ruindad valía menos que un millón de dólares, los mismos que ella escondió la noche que manchaste los pantalones ante la visión de su pubis enmarañado y abierto de par en par. El papa ha sido benevolente, te ha perdonado, pero su clemencia tiene un precio: confesará tus pecados fuera del confesionario y me dirás los nombres de quienes intrigan contra él. Nadie en el Vaticano cree lo que testificaste al tribunal. Vuelve al Torreón, revisa los papeles y cámbiate de pantalones.

Tenía la cabeza apoyada en el cristal de un autobús semivacío mientras contemplaba sin deleite el páramo familiar, seco y amarillo, que le recordaba más amarguras que dichas, más lágrimas que recuerdos complacientes que le permitiesen matar el tiempo cuando volvía al pueblo después de veinte años de historia en la que había escrito alegrías, ambiciones, miserias y

victorias con renglones torcidos y remordimientos de conciencia. Después de ser condenado por chismoso, trepa, monigote de una mujer que antes que puta era espía de los banqueros, regresaba con el estigma de un tránsfuga lleno de miedo, la mala conciencia por no haber evitado una muerte que lo liberaba de sospechas y un hatillo de penuria, una capillita itinerante con la Virgen de Fátima oculta en una corteza de yeso y purpurina, y la misma maleta de cartón piedra que el carcelero le había devuelto en el zaguán de la minúscula cárcel vaticana para que guardase algo más que una muda y algo menos que el traje de *clergyman* que con pericia secular le había hecho a medida el sastre de vía Condotti, tan querido por la curia por su maestría para diseñar tanto una capa pluvial como una prenda que salvase las averías del cliente por una escoliosis sobrevenida o el raquitismo de una bulimia de posguerra; el mismo sastre que anotó en su cuadernillo de medidas que cargabas hacia la izquierda por la advertencia burlona de ella misma. «La benevolencia del papa perdona al sacerdote español que reveló los secretos de las finanzas del Vaticano por el amor de una mujer», decía en una página interior *L'Osservatore Romano*.

Mustio y con la boca seca volvía al pueblo sin apenas nada que sirviese de punto de referencia de las pompas perdidas, consciente de que nadie lo esperaría en el andén de la estación de autobuses porque ¿quién podría atreverse a dar la bienvenida a quien fue condenado por el mismo papa, un «sin Dios», como lo calificó un plumilla de la prensa del Movimiento? Volvió a girar el artílugo del aire acondicionado en busca de un chorro de aire frío que pudiera mitigar la pesadumbre y el calor de las tres de la tarde y no encontró más que el sonido ronco del obturador, que solo permitía expulsar el aire caliente contenido desde la última revisión fallida. Intentó convocar al sueño sobre un reposacabezas cu-

biero con una telilla de encaje. El cansancio y el desconsuelo podían más que su afán por armonizar la modorra con los recuerdos que tanto lo abrumaban.

—Renuncio al diablo y a todas sus obras, a la vana pompa, a la gloria del mundo con todas sus concupiscencias y a los deseos pecaminosos de la carne. Prometo vivir y morir en la fe de Jesucristo y guardar los mandamientos de Dios todos los días de mi vida —le dijo al obispo Claudín el día de su confirmación en la catedral de Astorga, arrodillado sobre un reclinatorio forrado de terciopelo rojo para mayor comodidad de doña Angustias Barragán, la fiel devota que había hecho posible reunir el ajuar mínimo para que pudiera sobrevivir en el seminario con una beca por la que solo los niños pobres de acreditada solvencia intelectual en el recitado impulsivo de los «dones del Espíritu Santo», entre otros síntomas de sabiduría como la declamación del catecismo del padre Astete de carriilla, sin titubeos, tenían el marchamo de ser testigos de Dios y de su Iglesia el día de mañana.

Desanudó los cordones de los zapatos y buscó un alivio mínimo sacando los pies por el pasillo. El artilugio acristalado y protegido por una estructura de juncos y papel de periódicos sucios por el trajín le impedía moverse con cierta soltura, pero bien valía el fastidio si tan grande era la fortuna que atormentaba sus piernas. Lo angustiaba la sed y desechó por inconveniente comer el bocadillo de patatas. Cerró los ojos y dejó que la somnolencia lo sumergiera en un mar de pesadumbre. «Es mejor olvidar; lo peor ha pasado y aún tengo tiempo. Tiempo ¿para qué? Debo perdonarme y no hacer propósitos de la enmienda. Seguir, seguir. Solo mi madre me comprende, pero odio sus suspiros. ¿Por qué he de arrepentirme? Me quedan unas pocas libras y no un millón de dólares».

El sudor buscaba salidas inverosímiles por días de sufrimiento hasta la comisura de los labios. Alguien le advirtió con

un leve empujón en el hombro que debía encoger las piernas y dejar libre el pasillo. Aunque lo hizo con dificultad por el engorro del artilugio agradeció salir del ensimismamiento y volver a la realidad del páramo que, como si de un *travelling* se tratase, descubría la regularidad insistente de un paisaje que llenó de aburrimiento el duermevela de su regreso. Era el mismo paisaje, el mismo barbecho, idénticos surcos mal alineados por los arados romanos, lo que definía ese trozo de la Tierra de Campos que sus ojos intentaban no ver, pero la insistencia de los recuerdos se empeñaba en poner una imagen a su amargura. El antetítulo de la noticia decía: «Del altar a la cárcel». El autobús detuvo su marcha en el apeadero de una aldea que ni siquiera los peregrinos del Camino de Santiago tenían reseñada para descansar o quitarse las botas porque poco puede dar de sí la sombra de un pino centinela como señal de referencia. Un anciano rogó al conductor paciencia para bajar del autobús mientras alisaba sus pantalones de pana y sujetaba el bastón. «¿Dónde está el millón de dólares?», exigía saber el enviado especial de la agencia Pyresa, que había contado no solo las correrías romanas de Audrey Hepburn y Gregory Peck, sino la entronización de un papa de mediados del siglo XX mal avenido con los Principios Fundamentales del Movimiento. El autobús reanudó la marcha de manera brusca, como brusco fue el cerrojazo que sonó a sus espaldas la tarde del prendimiento y aún más el cachete del obispo Claudín en su cara llena de granitos a punto de reventar el mediodía de su confirmación.

—Faustino —le dijo el obispo—, la mora te ha perdido y metido en su propio laberinto. Es una mujer, una bicha que destila el veneno que lleva dentro y en cuanto puede lo expulsa. Estás a tiempo todavía para pedir el perdón del Santo Padre y la benevolencia de los jueces. Dime: ¿Dónde está el millón de dólares?

¿Por qué quiere saberlo? ¿Qué valor tiene un millón de dólares comparado con el valor del tesoro que el Vaticano posee en bancos, inmobiliarias, participaciones, propiedades de edificios en las manzanas más residenciales como las que rodean a Wall Street, acciones en las empresas más rentables y ocultas del mundo? ¿Acaso no sabe su eminencia el valor de las subvenciones que recibe de algunos estados, como el nuestro; que de todos sus ingresos apenas el diez por ciento se destinan a obras de misericordia? Su eminencia me abrió el camino para abrir un hueco en esa tupida telaraña que han tejido a lo largo de los siglos cardenales, banqueros y mafiosos hasta crear un tesoro que podría acabar sobradamente con la pobreza del mundo. ¿Por qué se afana en saber dónde se oculta un millón de dólares si sabe que rebosaban los bolsillos de esa mujer infiel que se ahorcó en un ojo del puente de los frailes negros? ¿Y por qué me lo pregunta a mí, que estoy muerto de consunción, que fui delincuente a pesar mío y economista del Vaticano por azar?

Paseó la mirada por el autobús y descubrió que la redecilla estaba rasgada en el borde de la escuadra de hierro que sujetaba la madera por encima de la ventanilla y que de un momento a otro se rompería dejando caer la miseria de su hatillo sobre la cabeza del viajero que roncaba en el asiento delantero al suyo. Se levantó para enmendar el inminente estropicio y sujetó con fuerza el artilugio entre las piernas. Los ronquidos cesaron, pero no el bamboleo de la cabeza del dormilón, que buscaba una oportunidad para el equilibrio. «Un millón de dólares son muchos dólares, ¿no le parece?», le inquirió malévolamente el fiscal vaticano que se sirvió de una pausa en su exigencia para que Faustino se tomase todo el tiempo del mundo para contestar.

Acababan de limpiar la celda de la cárcel vaticana. Olía a sosa y humedad revenida. El Cristo estaba pegado a la pared,

como un relieve inamovible, sereno, impávido; con la expresión inmutable, idéntica a la de tantos cristos repartidos por el mundo con la amargura precisa para despertar indiferencia más que ternura. Se santiguó y dejó caer la bolsa con sus ropas sobre el camastro de mampostería en cuya cabecera estaba enrollado el jergón de lana de borra. La mesa apenas medía medio metro de largo y la silla había perdido su nombre por la rotura de varias tiras de enea y el hundimiento de la base; era una silla conventual que tal vez buscaron sus carceleros en el almacén de derribo donde se arrinconan los ángeles ápteros de escayola, los candelabros oxidados y las vinagreras rotas. Todo indicaba que su celda era un espacio de varios siglos al que le faltaban el miedo, los grafitis y los desconchones en la pared de inquilinos juzgados con la benevolencia propia de unos jueces que intentaban, más que administrar justicia, mitigar el escándalo. El reo era uno de los suyos. Faustino aceptó la condena de dieciocho meses y exigió que su madre no pudiera visitarlo. Trató de mantener en penumbra sus sentimientos a costa de contener el llanto. Y recordó al obispo Claudín:

Faustino, te ha hundido esa mujer indecente que no te amaba y te obligó con caricias, arrumacos y lágrimas de codrilo a revelar lo más sagrado del Vaticano: sus finanzas de veinte siglos. Podrías haber acudido a mí y te habría perdonado, incluso mitigado tu culpa recurriendo a mis amistades en la curia. Pero estabas ensoberbecido por un poder que te dieron a destiempo y un amor obsceno. Ahora todo el mundo sabe que somos más ricos de lo que parece y más impuros de lo que aparentamos. Lo saben en las redacciones de los periódicos, en los confesionarios y en las casas de putas. Eres el mirlo de la KGB y la esperanza blanca de la CIA. Los jueces han sido generosos y pronto te rebajarán la condena porque es mucho lo que sabes y más aún la dureza de tu venganza. La

misericordia combina el perdón con el egoísmo. A ella le han caído once años que tampoco cumplirá.

Su madre le había advertido que nunca debería decir que su padre huyó a Francia, que había muerto en la procesión del Cristo la tarde en la que el maquis bajó del Tileno y mató a gente inocente. Miró otra vez el reloj. ¡Qué lento era el tiempo y cuán lenta la desdicha, la melancolía, los recuerdos! Unas y otros se amontonaban, como si intentasen sobreponerse y sin que la retentiva fugaz pudiera valorarlos. «No debo pensar ni quiero que nadie me comprenda. Estoy libre y quien me perseguía flota sin nombre por alguno de los mares del mundo», se justificaba a sí mismo en un intento por borrar de la memoria todo cuanto le había ocurrido. «Es mejor reemplazar los recuerdos o sustituirlos por otros... Soy lo que soy, un cura inmoral condenado sin haber disfrutado del deleite del pecado, un estafador sacrílego de los bienes y finanzas del Vaticano y el ladrón de un millón de dólares, así consta». Intentó aliviar su mente con el recuerdo de su madre, su turbación al verlo desnudo la tarde que quiso desinfectar su cuerpo por una eyaculación incontenible, las noches estrelladas del verano mientras dibujaban en el viento el perfil de la Osa Mayor sentados en el tronco chamuscado del castaño, el manoseo de las fotos de su padre con el gorro de miliciano, el afán por disponer de los huevos suficientes para la tortilla, su olor. El autobús se detuvo a pocos metros de un paso a nivel que alivió la monotonía de sus recuerdos. Vio a un campesino saludar con el pañuelo que le protegía del sol. Detrás, la chimenea enhiesta de una alfarería y a escasos metros la tapia del seminario.

La cuadrícula perfecta que delineaban las ventanas de los dormitorios semejaba un tablero de ajedrez. Su cama apenas ocupaba el espacio mínimo de un metro cuadrado. Sobre el cabecero de latón alguien del siglo pasado había pegado a la

pared una estampa del ángel de la guarda ayudando a cruzar a un niño el arroyo apacible, al lado de dos alcayatas grandes donde colgaba el guardapolvo y otras ropas. Debajo, rozando el somier de alambre, la maleta casi vacía y unas botas de piel de becerro dos números superiores a su talla. Escondía su cabeza entre las sábanas y dejaba que las lágrimas se mezclaran con las gotas de pánico que caían de su frente. Pronto la luz se apagaría. Los ronquidos, los sueños fragorosos apenas servían para tapar la cadencia de los pasos de quien en la soledad pecaminosa de cada noche apartaba las sábanas para que sus manos frías y temblorosas aflojasen el cordón del pijama, sobasen sus muslos, muy despacio, con dedos que se clavaban en la carne como púas de trompo, hasta llegar a la cima del monte donde el paroxismo y la hecatombe fluían como un géiser con mocos que embadurnaban su vientre y pringaban el pudor perdido e irrecuperable de sus doce años. Con el asco de su aliento de confesionario y la lengua envuelta en los mocos de su propia baba le aconsejaba: «Soy tu confesor. No te creerán. Solo yo puedo ayudarte. No digas ni una palabra si no quieres que te echen». Las barreras se levantaron con parsimonia y una mujer con sombrero de paja cubriendole la cabeza sacó del bolsillo del delantal un pito. Silbó. El autobús reanudó la marcha. «Tengo cincuenta y siete años y casi los mismos con miedo y remordimientos de conciencia. Solo falta que me capen».

—El nuevo papa me ha pedido un nombre para que ponga orden en las finanzas del Vaticano. Y he dado el tuyo, Faustino. No me defraudes. No intentes remover el cielo con la tierra, solo quiero que ayudes al Santo Padre en su doble tarea de limpiar la podredumbre y afianzar los ingresos del Vaticano. No te será fácil porque el diablo se ha metido debajo de los capelos cardenalicios, deambula a trompicones por los pasillos de nuestros palacios y acecha escondido entre las cortinas de San Pedro para sembrar de cizaña la tierra fértil que sostiene

nuestra Santa Madre Iglesia: las finanzas, porque sin ella todo el poder acumulado durante veinte siglos, junto con la gloria de nuestros santos y la misión eterna de salvar a las almas del pecado, caería dentro del laberinto infernal del que es imposible salir. La sonrisa, la bondad, los gestos de acercamiento con los pobres, el afán de estar más cerca de los humildes apenas sirven sin el poder. Y este poder, además del que Cristo nos dio para que fuésemos testigos de Él en su Iglesia Católica, Apostólica y Romana, necesita ese otro que disminuye o se envicia por los que desde hace veinte siglos se empeñan en destruirnos cuando no eliminarnos.

—Lo que usted me pide es imposible. ¿Qué hago con mi madre?

—Llévatela. Nadie se asombrará. En el Vaticano no preguntan, al fin y al cabo una mujer siempre ha sido la criada fiel o la barragana solícita que atiende las necesidades más imprescindibles de quien dedica todo su tiempo a menesteres sublimes como el servicio de la curia. Llévatela y exígele prudencia santa y silencio perpetuo.

Apenas le bastaron quince días para ordenar demandas, solicitudes, súplicas, consultas y requerimientos: los últimos ingresos bancarios de la Asociación Local de Mártires de la Guerra Civil de Fuentivieja por la beatificación de cinco catequistas; anticipo a cuenta de los gastos para la incoación del proceso de Santidad de la Beata Edelmira de la Sierra que venía arrastrándose desde cinco siglos atrás para desespero de las Hermanas Limosnera de San Cecilio; poder por escrito en su lecho de muerte dado a él mismo, su confesor y asesor, de la devota doña Clotilde Manzanera por el que le cedía la propiedad de su vivienda y tierras colindantes; copia simple sin registro notarial de un testamento a favor de los herederos de doña Clotilde; relación de las familias adheridas a la iguala del Santo Rosario; ingresos de las celadoras de la provincia con los donativos

de la capilla itinerante de Santa Isabel de la Tena; resguardo del ingreso en la cuenta del Óbolo de San Pedro en la Banca Ambrosiana; solicitud a la Universidad Central del diploma como licenciado en Negocios Financieros y Bancarios; relación última de propiedades, fincas, predios, corrales, patios y compases próximos a recintos religiosos y aún sin inmatricular a favor de la diócesis. Y otros asuntos, cuestiones, demandas, esquemas, tramas, tesis, planos, cálculos y proyectos que con tanta diligencia y primor ofrecía a la diócesis con menoscabo no solo de su salud, sino incluso de sus deberes eclesiásticos.

—Como sigas así no sé si llegarás a santo, pero desde luego no a viejo —le reprochaba su madre.

Llevaba aún el escapulario de la Virgen del Carmen que ella le colgó al cuello minutos antes de que el tren vomitase espuma de vapor en la estación. Volvió a manosearlo y pensó si no sería mejor cambiar el cordoncillo de algodón por otro de cuero fino.

El sonido estridente del pito se fue desvaneciendo y el sombrero de paja de la mujer de la estación voló como un pelele al otro lado de la vía. Ella corrió tras él, empeñada en agarrarlo con aspavientos ridículos. «Nada puede ser más ridículo que eyacular delante de una mujer con los pantalones puestos». Y una angustia, como si fuese un bolo de saliva, lo obligó a levantarse para sacar del bolsillo de la chaqueta un pañuelo donde escupir el momento más ruin de su vida. «La mujer es una bicha», le dijo el obispo Claudín, y él pensó si la concupiscencia era más una degradación que una consecuencia de la condición humana que necesitaba aliviarse, pero no de aquella manera tan obscena. Tenía las piernas dormidas, como si dos calcetines de lana áspera las cubriesen desde las rodillas hasta los dedos. Las piernas de ella eran blancas, su sonrisa sutil, sus ojos aguados, el temblor de sus labios amañado, el movimiento de sus manos impúdico y las yemas de sus dedos que

se escondían en su pubis, lujuriosas. Ella le advirtió: «¿Cómo voy a confiar en ti si no eres capaz de mantener tranquilo el galápago que tienes entre las piernas? Un millón de dólares son muchos dólares».

El autobús cruzó un puente de piedra, rehecho tantas veces que ni siquiera conservaba una ruina, una piedra, un mínimo vestigio de lo que pudo ser. Debajo serpenteaba un arroyo escaso de caudal donde un pescador se empeñaba en sacarle el tributo mínimo de un pez. El puente de los frailes en Londres nada tenía que ver con el milenario derruido que acaba de cruzar ni el curso majestuoso del Támesis podía parecerse a la mínima plancha de agua estancada que veía desde la ventanilla del autobús. «¡Qué buen sitio para acabar con tanta pesadilla y amargura que me atormenta como el primer día que me acosté en pecado mortal! ¡Un puente sirve lo mismo para tirarse al agua como para colgarse con una soga!». ¡Cuánta simbología entre este puente asolado por el paso del tiempo y aquel otro que conducía a un convento de frailes dominicos!; en medio de cárceles dickensianas donde los pobres se amontonaban en busca de comida, despreciando el peligro de morir aplastados; el barrio más miserable de Londres que un día fue pasto de las llamas y después se convertiría en el más rico e insaciable del imperio. Se agachó para que el artilugio de juncos y periódicos ocupase un lugar más propicio debajo de su asiento y permitiera a sus piernas aliviar el calambre que le subía desde los tobillos hasta las rodillas. Nada de lo que veían sus ojos a través de los cristales sucios de vahos seculares le era ajeno, pero sí mustio y deprimido. Las hojas de los árboles volaban desorientadas por un viento seco, huyendo de sí mismas, como los papeles amarillos refugiándose en los rincones de las tapias de los cementerios. El calor seco de la terrible estepa cidiana nada tenía que ver con el frío húmedo de la *city*, del dinero y la avaricia que se levantaba como una espiga de herrumbre y

cristal en las mismas huertas donde el antiguo convento de los dominicos se reflejaba con terribles presagios en blanco y negro en las aguas que discurrían calmadas bajo el puente. Apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla y sintió que la angustia le subía por la garganta mientras recordaba la consigna que el consiliario económico le hizo en el aeropuerto de Roma:

—No abandones nunca el paquete ni para mear. Llévalo en la mano como si fuera una tartera con comida y unas servilletas. Los guardias no sospecharán de un cura pobre. Detrás de la vitrina del mostrador de pasaportes el *Bobby* de bigote y barba rubia con cara de seminarista te sonreirá y hará un guiño con los ojos. Deja el paquete a su lado. Te hará firmar un documento con un bolígrafo dorado. Quédatealo. No hagas preguntas. Vete y espera.

Y esperó, no unas horas ni tampoco unos días; más de un mes, mientras se perdía por el laberinto de la *city*, entorpeciendo con su paso la carrera de gentes que salían de las bocas del metro vomitando prisa; de hombres con bombín y pipas apagadas colgando de sus dientes; de mujeres despreocupadas, como esas extranjeras de Torremolinos a quienes apenas les importaba que el aire levantase la tela mínima de sus faldas; de viejas embadurnadas de potingues más preocupadas por tapar con sus paraguas los lacitos primorosos que sujetaban las orejas de su perro que salvar de la lluvia la peluca recién tintada de amarillo. Todo le resultaba hostil en esas huertas de los frailes que en apenas tres siglos se habían convertido en un laberinto gris de cristal, cemento, alquitrán y gentes que entraban y salían de los rascacielos como palomas aturdidas, como palomas que escapaban del cajón parar morir en el único segundo de su libertad con perdigones de plomo antes de regocijarse con su instinto de liberación. Como el suyo, mientras recordaba, tumbado en la cama maloliente de un viejo hotel de viajantes de comercio, a escasos metros de la joyería, de pasillos

enmoquetados a los que el cepillo de raíces no había conseguido limpiar la mugre eterna y la cochambre secular, cada uno de los hitos que habían marcado su vida: tan satisfactorios unos y tan amargos y atormentados otros. Los primeros apenas le servían por el riesgo de que anularan su voluntad y rompieran el compromiso; los segundos alteraban el ritmo de su respiración, le provocaban sofocos y le nublaban los ojos. Procuraba mantener la mente hueca, vacía, como si flotara en una nube, sin nada que lo sujetase a la cama ni nadie que lo retuviera ni ayudara a levantarse. No pensar, o pensar en el viento de esa mañana, en la niebla espesa como un puré de guisantes que se levantaba del río, o en el recuerdo leve de la sonrisa de su madre cuando lo peinaba antes de ir al colegio. No pensar... Y esperar hasta que el conserje le dijera que en su casillero, junto a la llave de la habitación, había un sobre blanco con su nombre y apellido escrito con letra de mujer.

Lo abrió con torpeza. Un cierto olor a jazmín, muy leve, como el del pelo de su madre cuando llevaba flores a la Virgen por el mes de mayo, emanaba de la cuartilla blanca, doblada en dos mitades. Podía intuir la letra de ella, su perfección caligráfica de niña, el murmullo de su puño rasgado la virginidad del papel blanco, la inquietud de su pensamiento acompañándolo a la lentitud y cadencia de sus frases, como si lo que estaba escribiendo no fuera más que un simple juego amoroso, semejante a los ripios escritos en un mínimo papel de seda que le introducía por uno de los huecos de la celosía del confesionario. Dejó reposar la cuartilla encima del mármol blanco de la mesilla de noche y apagó la luz de la lámpara victoriana. Mantuvo los ojos abiertos para que el sueño no le impidiese poner en orden su desdicha.

«El Vaticano posee un portafolio secreto de propiedades en Londres valorado en más de quinientos millones de libras», había leído esa mañana en un rincón de la primera página de

The Guardian. ¿Quién pudo informar al periodista? Y la sospecha le quemó el vientre y le subió por la garganta hasta llegar a la boca. Saltó de la cama precipitadamente, apenas sin tiempo para levantar la tapa del retrete y echar fuera toda la bilis que llevaba dentro. Una, dos, tres veces hasta que las lágrimas y las náuseas le impidieran encontrar la cadena. Con la toalla rasposa colgada de una alcayata curvada con forma de águila se limpió la cara. Al mirarse en el espejo descubrió que tal vez la cara de Jack el Destripador era más tranquila y limpia que la suya. Volvió a la cama y dejó que el sobre lo siguiera recriminando. La última luz de la tarde se colaba con un tono gris por la ventana sin visillos ni persiana. Alguien, quizá en tiempos de la reina Victoria, sujetó el cristal basculante con la mitad de un imperdible de madera.

Mientras llegó la carta, mató su tiempo por Hyde Park, paseó una y mil veces por Bond y Oxford Street, miró con desdén el frontispicio germánico del banco de inversiones Altium Capital y rodeó con displicencia el palacio de Saint James. En esas pocas millas que su mirada abarcaba con rabia se escondía una parte, tal vez mínima, de la fortuna que Mussolini le entregó al papa una vez firmados y sellados los Pactos de Letrán, y que él, cura astorgano porque así lo dispuso la promotora de seminaristas doña Angustias Barragán, había inventariado después de haber repasado centenares de informes, manejado legajos mal clasificados, escuchado mil calumnias y atendido sugerencias de quienes durante veinte siglos habían ido enriqueciendo el tesoro de la Santa Madre. De Coventry a París; de Suiza a Luxemburgo, Faustino fue de un lado a otro por el laberinto que la Santa Sede había ido construyendo paso a paso, sin prisa, como un capullo de seda para ocultar en sus entrañas el tesoro de su poder terrenal que le había permitido desde financiar cruzadas hasta presidir consejos de administración opacos, negocios fraudulentos innominados, suicidios